



Oración de la mañana - Lunes 23 de marzo

El Evangelio es siempre palabra actual. Escrito hace cientos de años, no deja de sorprendernos su capacidad para hablarnos al corazón.

En estos días confusos, cada vez somos más los que tenemos cerca algún amigo, familiar, compañero, conocido... que está sufriendo las consecuencias de esta crisis sanitaria. Ante esta situación puede que también nosotros estemos tentados de pedir signos y prodigios para creer; corremos el riesgo de poner el foco sólo en aquello que queremos conseguir.

Abramos la mirada para poner nuestra confianza en su amor, en su fortaleza, en su misericordia y, como Sofía, digamos juntos *“Cuando todo nos abandona, abandonémoslo todo a Dios”*.

Después de leer el evangelio de hoy reza esta oración. Repítela varias veces, trayendo a tu memoria y a tu corazón las personas y las situaciones que nos preocupan y nos agobian estos días, y ponlas en manos de Dios.

*Señor, concédeme
serenidad
para aceptar todo aquello que no puedo cambiar,
fortaleza
para cambiar lo que soy capaz de cambiar
y sabiduría
para entender la diferencia.*



Lectura del santo evangelio según san Juan (4,43-54):

En aquel tiempo, salió Jesús de Samaría para Galilea. Jesús mismo había atestiguado:

«Un profeta no es estimado en su propia patria».

Cuando llegó a Galilea, los galileos lo recibieron bien, porque habían visto todo lo que había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Fue Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino.

Había un funcionario real que tenía un hijo enfermo en Cafarnaún. Oyendo que Jesús había llegado de Judea a Galilea, fue a verlo, y le pedía que bajase a curar a su hijo que estaba muriéndose.

Jesús le dijo:

«Si no veis signos y prodigios, no creéis».

El funcionario insiste:

«Señor, baja antes de que se muera mi niño».

Jesús le contesta:

«Anda, tu hijo vive».

El hombre creyó en la palabra de Jesús y se puso en camino. Iba ya bajando, cuando sus criados vinieron a su encuentro diciéndole que su hijo vivía. Él les preguntó a qué hora había empezado la mejoría. Y le contestaron:

«Ayer a la hora séptima lo dejó la fiebre».

El padre cayó en la cuenta de que esa era la hora en que Jesús le había dicho: «Tu hijo vive».

Y creyó él con toda su familia. Este segundo signo lo hizo Jesús al llegar de Judea a Galilea.